

con su debida amplitud por investigadores españoles y extranjeros, que afectó a la política y a la vida social, económica, y cultural de nuestra patria, y que ha sido llamado de «la ilustración». Y como ya hemos expresado antes, aquel movimiento produjo como una de sus consecuencias y efectos, el nacimiento de las Sociedades de Amigos del País, o sea de esta sociedad de que abrimos hoy el curso de actividades docentes correspondientes a 1959-1960.

Por todo este cúmulo de circunstancias, el aspecto único de mi persona que pueda haber servido para que ocupe hoy este puesto, el cumplirse en esta semana doscientos años de la proclamación de Carlos III, la importancia que aquel suceso tuvo para Murcia por ser precursor de la exaltación a elevados puestos de uno de sus hijos, y el relieve que para esta Casa tiene tal efeméride por haber nacido precisamente durante el curso de aquel reinado, he creído que la mejor forma de cumplir con el cometido que se me confería era el ayudaros esta tarde a recordar cómo era Murcia por aquellos días, quiénes regían sus destinos y desempeñaban los puestos de importancia en determinadas esferas, y en qué forma exteriorizaron nuestros convecinos de antaño sus sentimientos de alegría, al tomar el timón de la nave española un nuevo monarca.

Por otra parte el tema cae también dentro de mis vocaciones y aficiones, y está comprendido en la muy reducida área de materias que yo puedo tratar sin audacias ni temeridades. No ha sido preciso sino acercarme a uno de los estantes de mi biblioteca, donde se alinean unos cuantos volúmenes relacionados con la pasada historia de nuestra región, sacar un pequeño libro y ponerme a repasar sus páginas. Fué impreso en los talleres del Convento de San Francisco, o al menos en los que dicha observancia utilizaba para sus necesidades tipográficas. Tiene una bella impresión y preside su portada el escudo de nuestra ciudad. Debajo, y con estilo en que aún perduran resabios de barroquismo leemos: «Triunfo de la fidelidad mur-

